

nadie. Seguramente preguntarán por Torvaldo...

LA CRIADA.—Perdón, señora..., hay un caballero que desea hablar al señor abogado...

NORA.—Al señor director, que-rrás decir...

LA CRIADA.—Al señor director, sí. Pero como el doctor está con él... no me he atrevido...

KROGSTAD.—(Presentándose.) Soy yo, señora.

SEÑORA LINDE.—(Se estremece, se turba y se vuelve hacia la ventana.)

NORA.—(Da un paso hacia él y turbada dice en voz baja.) ¿Usted? ¿Qué pasa? ¿Qué quiere usted decir a mi marido?

KROGSTAD.—Quiero hablarle del Banco. Tengo un empleo modesto y he oído decir que su marido va a ser nuestro jefe.

NORA.—Es verdad.

KROGSTAD.—Asuntos molestos, señora, nada más que asuntos molestos.

NORA.—Moléstese en entrar en su despacho.

(Saluda con negligencia al cerrar la puerta del vestíbulo, y después se dirige hacia la chimenea.)

SEÑORA LINDE.—Nora, ¿quién es ese hombre?

NORA.—El procurador Krogstad.

SEÑORA LINDE.—¿Era él!

NORA.—¿Le conoces?

SEÑORA LINDE.—Lo conocí hace muchos años. Fue en aquel tiempo nuestro procurador.

NORA.—Sí, eso es.

SEÑORA LINDE.—¿Cuánto ha cambiado!

NORA.—Creo que fue muy desgraciado con la familia.

SEÑORA LINDE.—Ahora es viudo. ¿No es verdad?

NORA.—Sí, con un montón de hijos. ¡Bueno! Ahora me quemó. (Retira su mecedora.)

SEÑORA LINDE.—Dicen que se ocupa en negocios de todas clases.

NORA.—¿De veras? Es posible.

No sé nada. Pero no hablemos de negocios. ¡Son tan fastidiosos...!

(Sale el doctor Rank, que viene del despacho de Helmer.)

RANK.—(Con la puerta entreabierta.) No, no. No quiero molestarte. Voy a hablar un rato con tu mujer. (Cierra la puerta y ve a la señora Linde.) ¡Oh! ¡Perdón! También estorbo aquí.

NORA.—Al contrario. (Presentándose.) El doctor Rank. La señora Linde.

RANK.—Un nombre que se pronuncia con frecuencia en esta casa. Creo que la adelanté en la escalera al subir.

SEÑORA LINDE.—Sí, subo muy despacio las escaleras.

RANK.—¿Cansancio?

SEÑORA LINDE.—Más bien agotamiento.

RANK.—¿Ah, sí? ¿Y para reponerse viene usted a una ciudad en fiestas?

SEÑORA LINDE.—Vine a buscar trabajo.

RANK.—¿Es remedio eficaz para el agotamiento por cansancio?

SEÑORA LINDE.—Hay que vivir, doctor.

RANK.—Sí, esa es la opinión general: parece que es una cosa necesaria.

NORA.—¡Oh, doctor, estoy segura de que usted mismo desea vivir!

RANK.—Mientras pueda, sí. Mísero como soy, quiero sufrir el mayor tiempo posible. Todos mis pacientes desean igual, y piensan igual también los enfermos morales. Precisamente acabo de dejar a uno en el despacho de Helmer: está en cura, porque hay también hospitales para ellos.

SEÑORA LINDE.—(En voz baja.) ¡Ah!

NORA.—¿Qué quiere usted decir?

RANK.—Sí, hablo del procurador Krogstad, un hombre a quien usted no conoce. Está podrido hasta la medula de los huesos. Pues bien: también afirma, como si se tratara

de algo muy importante, que necesita vivir.

NORA.—¿De veras? ¿De qué hablaba con Helmer?

RANK.—Realmente no lo sé. Sólo he oído decir que se trataba de algo referente al Banco.

NORA.—No sabía que Krog... que el señor Krogstad tuviera nada que ver con el Banco.

RANK.—Sí, tiene un pequeño empleo. (Dirigiéndose a la señora Linde.) No sé si existe también entre

ustedes una clase de hombres que se dedica a descubrir los podridos moralmente. Una vez descubiertos los ponen en observación, procurándoles tal o cual buen empleo. Los buenos no tienen que preocuparse más que de quedar excluidos.

SEÑORA LINDE.—Hay que confesar que los enfermos morales son los que más cuidados necesitan.

RANK.—(Encogiéndose de hombros.) Sí. Este modo de apreciar las cosas convierte la sociedad en hospital.

NORA.—(Que estaba preocupada, se echa de pronto a reír y se pone a aplaudir.)

RANK.—¿Por qué se ríe usted? ¿Sospecha usted acaso lo que es la sociedad?

NORA.—¿Qué me importa esa sociedad molesta? Me río de otra cosa..., de otra cosa muy divertida. Dígame usted, doctor: ¿todos los empleados del Banco dependerán en lo sucesivo de mi marido?

RANK.—¿Y eso la alegra tanto?

NORA.—(Sonriendo y tarareando.) No haga caso. (Se pasea por la habitación.) Sí, es tan divertido, tan increíble que nosotros..., ¡que Torvaldo tenga ahora tanta influencia y sobre tanta gente! (Sacando el cucurucho de almendras.) Doctor, ¿quiere usted almendras?

RANK.—¿Cómo, almendras? Creí que eran contrabando aquí.

NORA.—Sí, pero éstas me las ha dado Cristina.

SEÑORA LINDE.—¿Yo?

NORA.—¡Vaya! ¡Vaya! ¡No te

apures! Tú no podías saber que Torvaldo me lo había prohibido. ¿Sabes por qué? Teme que se me estropeen los dientes. Pero por una vez no importa. ¿No es verdad, doctor? Tome usted. (Le mete una almendra en la boca.) Y tú también, Cristina. Yo comeré una muy chiquitita, o a lo sumo, dos. (Vuelve a pasearse por la habitación.) Soy extraordinariamente feliz. Sólo hay una cosa en el mundo que me inspira vivísimo deseo...

RANK.—Veamos qué es.

NORA.—Es algo que me gustaría mucho decir delante de Torvaldo.

RANK.—¿Y por qué no lo dice?

NORA.—No me atrevo. Es muy feo.

SEÑORA LINDE.—¿Muy feo?

RANK.—En efecto, en ese caso, vale más abstenerse; pero a nosotros usted podría... ¿Qué tiene usted tantas ganas de decir delante de Helmer?

NORA.—Tengo unos deseos locos de decir: ¡Recristo!

RANK.—¡Qué loca es usted!

SEÑORA LINDE.—Pero, Nora...

RANK.—Pues ya puede usted decirselo: ahí está.

NORA.—(Escondiendo las almendras.) ¡Psit! ¡Psit! ¡Psit!

(Helmer llega de su despacho con el abrigo al brazo y el sombrero en la mano.)

NORA.—(Yendo a su encuentro.) ¿Qué, querido Torvaldo, te has librado por fin?

HELMER.—Sí, acaba de marcharse.

NORA.—Voy a presentarte. Es Cristina que ha venido a la ciudad.

HELMER.—¿Cristina?... Perdóne usted... si de momento no recuerdo...

NORA.—La señora Linde, querido, la señora Cristina Linde.

HELMER.—¡Ah! ¡Muy bien! ¿Amiga de la infancia de mi mujer?

SEÑORA LINDE.—Sí, nos conocimos en otro tiempo.

NORA.—Y calcula que ha hecho este viaje tan largo para hablarme.

HELMER.—¿Cómo?

SEÑORA LINDE.—No sólo para...

NORA.—Mira, Cristina vale mucho para trabajar en una oficina y además arde en deseos de estar a las órdenes de un hombre superior y de adquirir aún más experiencia.

HELMER.—Eso es muy razonable, señora.

NORA.—Y cuando supo que habías sido elegido director del Banco (lo anunció un telegrama) se puso en seguida en camino. ¿Me complacerás, Torvaldo?... ¿Verdad que sí? ¿Para dar gusto a tu mujercita, harás algo por Cristina? ¿Eh?

HELMER.—Es fácil. ¿La señora es viuda?

SEÑORA LINDE.—Sí.

HELMER.—¿Y tiene usted hábito del trabajo de oficina?

SEÑORA LINDE.—Sí, bastante.

HELMER.—Entonces es muy probable que pueda procurarle ocupación...

NORA.—(Aplaudiendo.) ¡Ya ves!

HELMER.—Ha llegado usted en buen momento, señora.

SEÑORA LINDE.—¿Cómo agradezcérselo!...

HELMER.—¡Bah! No hablemos más del asunto. (Se pone el abrigo.) Pero hoy tendrá que perdonarme...

RANK.—Espere; le acompaño. (Va a buscar la piel para el cuello en el vestíbulo y vuelve a calentarla en la chimenea.)

NORA.—No te entretengas mucho, Torvaldo.

HELMER.—Una hora a lo sumo...

NORA.—¿Te vas también, Cristina?

SEÑORA LINDE.—(Poniéndose el abrigo.) Necesito buscar alojamiento...

HELMER.—Podemos ir juntos un rato.

NORA.—(Ayudándola.) Es lástima que estemos tan estrechos...; nos es realmente imposible...

SEÑORA LINDE.—¿Quién piensa?

Hasta la vista, querida Nora, y gracias.

NORA.—Hasta la vista. Esta noche volverás. ¿Eh? Y usted también, doctor. ¿Cómo? ¿Que si se encuentra bien? ¿Cómo se entiende? ¡Abríguese bien!

(Se van hablando por la puerta principal. Se oyen voces de niños en la escalera.)

NORA.—¡Aquí están! ¡Aquí están!

(Corre para abrir. Entra Ana María con los niños.)

NORA.—¡Entrad! ¡Entrad! (Se inclina y los besa.) ¡Hijitos míos! ¡Mira, Cristina! Son muy guapos. ¿Verdad?

RANK.—No se queden ustedes en medio de la corriente del aire.

(El doctor Rank, Helmer y la señora Linde bajan por la escalera. Ana María entra en escena con los niños. Nora entra igualmente, después de haber cerrado la puerta.)

NORA.—¿Qué aspecto tan sano y tan fuerte tenéis! ¡Qué mejillas tan encendidas! Parecen manzanas y rosas. (Los niños le hablan todos a la vez hasta el fin de la escena.) ¿Os habéis divertido mucho? Muy bien.

¿De veras? Has llevado el trineo con Emmy y Bob. ¡No es posible!

¿Con las dos? ¡Ah!, eres un hombrecito muy fuerte, Ivar. Déjamela un momento, Ana María. ¡Mi muñequita querida! (Coge a la menor y baila con ella.)

Sí, sí, mamá quiere bailar también con Bob. ¿Cómo? ¿Habéis hecho bolas de nieve? ¡Ah!

¿Cuánto me hubiera gustado estar allí! No, déjame, Ana María. Quiero desnudarla yo misma. ¡Déjala, es tan divertida! Entra allá mientras esperas. Parece que estás helada. Tienes café caliente en la cocina.

(La niñera sale por la derecha. Nora les quita a los niños los abrigos y los sombreros, que va dejándolos esparcidos por toda la habitación. Los niños siguen hablando.)

NORA.—¡No es posible! ¿Un pe-

ro muy grande ha corrido detrás de vosotros? Pero no mordía. No; los perros no muerden a los niños buenos como vosotros. Ivar, cuidado con mirar esos paquetes. No, no, hay una cosa muy fea dentro. ¿Qué? ¿Queréis jugar? ¿A qué? ¿Al escondite? Sí, juguemos al escondite. Bob se esconderá primero. ¿Yo? Bueno, me esconderé yo.

(Nora y los niños se ponen a jugar, gritando y riendo en escena y en el cuarto de al lado. Por último Nora se esconde debajo de la mesa. Los niños llegan corriendo y la buscan sin encontrarla. Oyen una risa ahogada, se precipitan a la mesa, levantan el tapete y la ven. Gritos de alegría. Sale a gatas para asustarles. Nueva explosión de alegría. Entretanto, han llamado a la puerta sin que nadie haya oído. La puerta se entreabre y aparece Krogstad. Espera un momento. El juego continúa.)

KROGSTAD.—Perdone usted, señora Helmer...

NORA.—(Grita y se incorpora poniéndose de rodillas.) ¿Qué quiere usted?

KROGSTAD.—La puerta estaba entornada. Alguien ha debido olvidarse de cerrarla.

NORA.—(Levantándose.) Mi marido no está en casa, Krogstad.

KROGSTAD.—Lo sé.

NORA.—Entonces ¿qué quiere usted?

KROGSTAD.—Hablar dos palabras con usted.

NORA.—¿Conmigo? (En voz baja, a los niños.) Id con Ana María. ¿Qué?... No, este señor no quiere hacer daño a mamá. Cuando se vaya, volveremos a jugar.

(Lleva a los niños al vestíbulo de la derecha y cierra la puerta después.)

NORA.—(Inquieta, agitada.) ¿Quiere usted hablarme?

KROGSTAD.—Sí, quiero.

NORA.—¿Hoy? Pero hoy no es primero de mes...

KROGSTAD.—Estamos en vísperas de Navidad. De usted depende que la Navidad sea para usted alegre o triste.

NORA.—¿Qué desea usted? Hoy me será realmente imposible...

KROGSTAD.—Hasta nuevo aviso, no hablaremos más de eso. Se trata de otra cosa. ¿Puede usted atenderme un momento?

NORA.—Sí... sí... a menos que...

KROGSTAD.—Bien. Estaba sentado en el restaurante Olsen y he visto pasar a su esposo...

NORA.—¡Ah!

KROGSTAD.—...con una señora.

NORA.—¿Y qué?

KROGSTAD.—¿Acaba de llegar a la ciudad?

NORA.—Sí, hoy.

KROGSTAD.—¿Es su amiga?

NORA.—Sí..., pero no comprendo...

KROGSTAD.—También yo la conocí en otro tiempo.

NORA.—Lo sé.

KROGSTAD.—¿De veras? ¿Lo sabe usted? Ya me lo figuraba. Permítame usted que le pregunte si la señora Linde va a ser colocada en el Banco.

NORA.—¿Cómo se atreve usted a preguntarme, señor Krogstad? ¿Usted que es el subordinado de mi marido? Pero ya que me pregunta, voy a contestarle. Sí, la señora Linde será colocada en el Banco. Y lo será por mí, Krogstad. Ya lo sabe usted.

KROGSTAD.—No me había equivocado.

NORA.—(Paseándose por la habitación.) Se tiene influencia, cosa muy natural... Aunque sea mujer, puedo... Cuando se ocupa una posición inferior se ha de procurar. Krogstad, no molestar a quien...

KROGSTAD.—Tiene influencia.

NORA.—Eso es.

KROGSTAD.—(Cambiando de tono.) Señora Helmer, ¿tendría usted la amabilidad de utilizar su influencia en mi favor?

NORA.—¿Cómo? ¿Qué significa?  
KROGSTAD.—¿Quiere usted hacer que no salga del Banco?

NORA.—¿Qué dice usted? ¿Quién piensa en destituirle?

KROGSTAD.—Es inútil fingir ignorancia. Comprendo muy bien que a su amiga no le guste encontrarme, y ahora sé por qué me han dado la cesantía.

NORA.—Pero yo le aseguro...

KROGSTAD.—Dos palabras: aún es tiempo. Le aconsejo que use usted toda su influencia para impedirlo.

NORA.—Pero, señor Krogstad, si no tengo influencia alguna...

KROGSTAD.—¿Cómo? Hace poco decía usted que...

NORA.—No me refería a esto. ¿Cómo puede usted creer que tenga semejante poder sobre mi marido?

KROGSTAD.—¡Bah! Conozco a su marido desde que fuimos condiscípulos. No creo que el señor director del Banco tenga más energía que otros maridos.

NORA.—Si habla usted con desdén de mi marido le echo de casa.

KROGSTAD.—La señora es muy valiente.

NORA.—No le temo. Pasado año nuevo tardaré poco en verme libre de usted.

KROGSTAD.—(Dominándose.) Oiga, señora: si es necesario combatiré para conservar mi empleo como si fuese cuestión de vida o muerte.

NORA.—Sí, eso parece.

KROGSTAD.—No es por el sueldo. Eso poco me importa. Hay algo más; en fin, se lo voy a contar todo. Usted sabía, naturalmente, como todo el mundo, que cometí una imprudencia hace muchos años.

NORA.—Me parece haber oído hablar.

KROGSTAD.—El asunto no se llevó a los tribunales. Pero por de pronto se me cerraron todos los caminos. Entonces comencé a trabajar en el negocio que usted conoce; había que encontrar algo, y puedo

decir que no fui peor que los demás. Ahora quiero dejarlo. Mis hijos crecen. Por ellos debo adquirir la mejor reputación posible. El empleo en el Banco era para mí el primer escalón. Y su marido quiere hacerme caer de nuevo en el barro.

NORA.—Pero, por Dios, Krogstad, no está en mí el poderle ayudar.

KROGSTAD.—Le falta voluntad, pero tengo medios para obligarla.

NORA.—¿Supongo que no irá usted a decir a mi marido que le debo dinero?

KROGSTAD.—¿Y si lo hiciese?

NORA.—Sería vergonzoso por su parte. (Casi llorando.) Ese secreto, que es mi orgullo y mi alegría, lo sabría de un modo tan villano... por usted. Me daría usted una serie de disgustos domésticos...

KROGSTAD.—¿No tendría usted más que disgustos?

NORA.—(Vivamente.) Y si no, pruébelo. Usted será el que sufrirá más. Mi marido verá entonces qué clase de hombre es usted, y puede usted tener la seguridad de que perderá su empleo.

KROGSTAD.—Acabo de preguntarle si no son más que disgustos domésticos los que usted teme...

NORA.—Si mi marido lo sabe quedará pagar en el acto, y entonces nos veremos libres de usted.

KROGSTAD.—(Dando un paso hacia ella.) Escuche usted, señora Helmer: o usted no tiene memoria o no conoce usted nada de negocios. Necesito enterarla.

NORA.—¿Cómo?

KROGSTAD.—En la época de la enfermedad de su marido usted vino a pedirme mil doscientos escudos.

NORA.—No conocía a nadie más.

KROGSTAD.—Prometí encontrar la cantidad.

NORA.—Y la encontró usted.

KROGSTAD.—Prometí proporcionarle el dinero con ciertas condiciones. Pero estaba usted entonces tan preocupada con la enfermedad de su marido y tan apurada por te-

ner el dinero del viaje, que no se fijó usted en los detalles. Por eso no estará de más recordárselos. Sí. Prometí encontrar el dinero garantizado por un recibo que escribí.

NORA.—Y que yo firmé.

KROGSTAD.—Sí, pero más abajo de su firma añadí algunas líneas por las cuales su padre daba su garantía. Estas líneas debía firmarlas él.

NORA.—¿Dice usted que debía? Las firmó.

KROGSTAD.—Había puesto la fecha en blanco. Esto quería decir que su padre debía poner la fecha de la firma. ¿Recuerda usted?

NORA.—Sí, creo en efecto que...

KROGSTAD.—Entonces le envié el recibo para que usted lo remitiera por correo a su padre. ¿Pasó así, sí o no?

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—Y naturalmente, usted lo hizo en seguida. Porque cinco o seis días después me devolvía usted la letra con la firma de su padre. Y entonces le entregué el dinero.

NORA.—Sí. ¿Pero acaso no he hecho yo mis pagos con regularidad?

KROGSTAD.—Casi siempre. Pero volviendo a lo que decíamos antes... Debía usted estar muy apurada en aquel tiempo, señora.

NORA.—Sí, es verdad.

KROGSTAD.—Su padre estaba muy grave.

NORA.—Moribundo.

KROGSTAD.—¿Murió poco después?

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—Diga usted, señora Helmer, ¿se acuerda por casualidad de la fecha de la muerte de su padre?

NORA.—Papá murió el 29 de septiembre.

KROGSTAD.—Es verdad. Me informé después. Por eso no me explico (Saca un papel del bolsillo.) cierta particularidad...

NORA.—¿Qué particularidad? No sé...

KROGSTAD.—Lo que hay de par-

ticular, señora, es que su padre firmó el recibo tres días después de muerto.

NORA.—(Se calla.)

KROGSTAD.—¿Puede usted explicármelo?

NORA.—(Sigue callando.)

KROGSTAD.—Es evidente también que las palabras de octubre y el año, no son de letra de su padre, sino de una letra que creo reconocer. En fin, esto puede explicarse. Su padre puede haberse olvidado de fechar la firma y alguien puede haberlo hecho sin saber aún que había muerto. No hay gran perjuicio en ello. Lo esencial es la firma: ¿Está usted segura de que es auténtica, señora Helmer? ¿Fue su padre quien firmó?

NORA.—(Después de una pausa breve, levanta la cabeza y le mira con aire provocativo.) No, no fue él. Fui yo quien escribió el nombre de papá.

KROGSTAD.—¿Sabe usted, señora, que es una confesión peligrosa?

NORA.—¿Por qué? Dentro de poco tendrá usted su dinero.

KROGSTAD.—Una pregunta. ¿Por qué no envió usted el documento a su padre?

NORA.—Era imposible. ¡Papá estaba tan enfermo! Al pedirle la firma, hubiera tenido que explicarle para qué quería el dinero. Pero en el estado de gravedad en que se hallaba, no podía decirle que la vida de mi marido estaba amenazada. Era imposible.

KROGSTAD.—En ese caso, valía más renunciar al viaje.

NORA.—Imposible. Aquel viaje debía salvar la vida de mi marido. No podía renunciar a él.

KROGSTAD.—¿Pero no comprendió usted que me engañaba?

NORA.—No podía fijarme en eso. ¡Qué me importaba usted! Además, me era usted insoportable por la frialdad con que razonaba usted sabiendo que mi marido estaba en peligro.

KROGSTAD.—Señora Helmer, evi-

dentamente usted no tiene idea de la falta que ha cometido. Sólo puedo decirle que el acto que causó la pérdida de toda mi situación social no era más criminal que éste.

NORA.—¿Usted? ¿Va usted a hacerme creer que arriesgó algo para salvar la vida a su mujer?

KROGSTAD.—Las leyes no se preocupan de las causas.

NORA.—Pues son leyes malas.

KROGSTAD.—Malas o no... si enseño este papel a la justicia, con arreglo a esas leyes será usted juzgada.

NORA.—No le creo. ¿Una hija no puede evitar a su padre moribundo inquietudes y angustias? ¿No tiene una mujer el derecho de salvar la vida a su marido? No conozco a fondo las leyes, pero estoy segura de que ha de estar escrito en alguna parte que están permitidas estas cosas. ¿Y usted, que es abogado, no lo sabe? Me parece usted poco hábil como hombre de ley, señor Krogstad.

KROGSTAD.—Tal vez. Pero me concederá usted que por lo menos entienda en asuntos como el que estamos tratando. Ahora haga lo que guste. Lo único que puedo decirle es que si me echan por segunda vez, usted me hará compañía. (Saluda y vase.)

NORA.—(Reflexiona un poco, después mueve la cabeza.) ¡Bah! ¡Me ha querido asustar! Pero no soy tan tonta. (Se pone a recoger los trajes de los niños, pero se para de pronto.) ¿Pero...? ¡No! ¡Imposible! ¡Si yo lo he hecho por amor!

LOS NIÑOS.—(Por la puerta de la derecha.) Mamá, ¿se ha ido ese señor?

NORA.—¡Sí! ¡Sí! ¡Ya lo sé! Pero no habléis a nadie de ese señor. ¿Me oís? Ni a papá.

LOS NIÑOS.—No, mamá. ¿Quieres jugar ahora?

NORA.—No, no. Ahora, no.

LOS NIÑOS.—Pero, mamá, si nos lo habías prometido.

NORA.—No puedo. Idos. Tengo

muchas cosas que hacer. Dejadme, pequeñitos. (Los empuja suavemente y cierra la puerta.)

NORA.—(Se sienta en el sofá, coge un bordado, da algunos puntos, pero en seguida se interrumpe.) No. (Arroja el bordado, se levanta, va a la puerta de entrada y llama.) Elena, tráeme el árbol. (Se acerca a la mesa de la izquierda y abre un cajón.) ¡No! ¡Es de todo punto imposible!

LA CRIADA.—(Trayendo el árbol de Navidad.) ¿Dónde debo colocarlo?

NORA.—Allí, en medio de la habitación.

LA CRIADA.—¿Quiere algo más la señora?

NORA.—Gracias. Tengo lo que necesito.

LA CRIADA.—(Sale después de haber dejado el árbol.)

NORA.—(Preparando el árbol de Navidad.) Aquí hacen falta luces... y aquí, flores... ¡Canalla!... ¡Qué tonterías! No; no significa nada. El árbol de Navidad será hermoso. Voy a hacer lo que quieras, Torvaldo; bailaré por ti, cantaré... (Helmer entra con un rollo de papeles debajo del brazo.) ¿Cómo? ¿Ya has vuelto?

HELMER.—Sí. ¿Vino alguien?

NORA.—¿Aquí? No.

HELMER.—Es raro. He visto a Krogstad saliendo de casa.

NORA.—¡Ah! Es verdad. Krogstad vino un momento.

HELMER.—Lo adivino en tu cara. Vino a pedirte que intercedieras por él.

NORA.—Sí.

HELMER.—Y te ha dicho que lo hicieras como cosa tuya. Debías ocultarme que había venido. ¿No te lo ha pedido?

NORA.—Sí, Torvaldo, pero...

HELMER.—¡Nora! ¡Nora! ¿Por qué lo has hecho? ¡Hablar con ese hombre, prometerle algo, y después mentirme a mí!

NORA.—¿Mentir?

HELMER.—¿No me has dicho que

no ha venido nadie? (Le amenaza con el dedo.) Eso es lo que nunca debe hacer mi pajarillo cantor. Un pájaro cantor debe tener el pico puró para gorjear bien... sin dar notas falsas. (La coge por la cintura.) ¿No es verdad? Sí... Ya lo sabía. (La suelta.) Y ahora, ni una palabra más sobre este asunto. (Se sienta delante de la chimenea.) ¡Qué bien se está aquí!

(Hojea sus papeles. Nora está entretenida en adornar el árbol. Pausa.)

NORA.—¡Torvaldo!

HELMER.—¿Qué?

NORA.—Me alegra extraordinariamente la idea de ir pasado mañana al baile de trajes de los Stenberg.

HELMER.—Y yo siento extraordinaria curiosidad por la sorpresa que nos preparas.

NORA.—¡Qué lástima!

HELMER.—¿De qué?

NORA.—No puedo encontrar un traje que valga la pena. Todos son absurdos e insignificantes.

HELMER.—Con lo que nos sale ahora Norita!

NORA.—(Detrás de la silla, apoyándose en el respaldo.) ¿Estás muy ocupado?

HELMER.—¡Oh!

NORA.—¿Qué son esos papeles?

HELMER.—Asuntos del Banco.

NORA.—¿Ya?

HELMER.—Me he hecho entregar, por los directores salientes, un poder para cambiar lo que juzgue necesario en el personal y en la organización de las oficinas. Voy a emplear la semana de Navidad en este trabajo. Quiero que todo esté en orden para año nuevo.

NORA.—Por eso el pobre Krogstad...

HELMER.—¿Eh?

NORA.—(Acariciándole la cabeza.) Si no estuvieras tan ocupado te pediría un gran favor, Torvaldo.

HELMER.—¿Cuál es?

NORA.—Nadie tiene tanto gusto como tú. ¡Me gustaría tanto quedar bien en el baile de trajes! Torval-

do, ¿no podrías ocuparte de mí y decidir mi traje?

HELMER.—¡Vaya! ¡Vaya! La caprichosita pide socorro.

NORA.—Sí, Torvaldo, no puedo decidirme sin ti.

HELMER.—¡Bueno! ¡Bueno! Reflexionemos y encontraremos algo.

NORA.—¡Ah! ¡Qué bueno eres! (Vuelve a trabajar en el árbol de Navidad. Pausa.) ¡Qué buen efecto hacen estas flores! ¡Oye! Dime: ¿es realmente tan terrible lo que hizo Krogstad?

HELMER.—Ha cometido falsificaciones. ¿Comprendes lo que quiere decir?

NORA.—¿No lo hizo impulsado por la miseria?

HELMER.—Sí, como muchos, obró por ligereza. No soy tan cruel que condene sin piedad a un hombre por un solo acto.

NORA.—¿No? ¿No es verdad, Torvaldo?

HELMER.—Más de uno pudo redimirse, moralmente, confesando su culpa y sufriendo la pena.

NORA.—¿La pena?

HELMER.—Pero no fue éste el camino elegido por Krogstad. Quiso librarse con subterfugios y con astucia. Esto es lo que moralmente le perdió.

NORA.—¿Tú crees que...?

HELMER.—Creo que semejante ser, con la conciencia de su falta, debe mentir y disimular siempre. Tiene que llevar la máscara hasta en su propia familia. Sí, delante de su mujer y de sus hijos. Y cuando se piensa en los hijos, es espantoso.

NORA.—¿Por qué?

HELMER.—Porque semejante atmósfera de mentira lleva el contagio de principios malsanos a toda la vida de familia. Cada vez que los niños respiran, absorben gérmenes del mal.

NORA.—(Acercándose a él.) ¿Estás seguro?

HELMER.—Sí, querida mía. Como abogado, tuve ocasión de comprobarlo muchas veces. Casi todos los

seres depravados precozmente tuvieron madres embusteras.

NORA.—¿Por qué precisamente madres?

HELMER.—Lo más frecuente es que suceda por las madres, pero el padre influye naturalmente en el mismo sentido. Todos los abogados lo saben. A pesar de esto, Krogstad, durante años, ha envenenado a sus propios hijos en su atmósfera de mentira y de disimulo. Por eso le llamo un hombre moralmente perdido. *(Tendiéndole los brazos.)* Y por eso mi gentil Norita debe prometerme no hablar más en su favor. Dame tu palabra. ¿Qué te pasa? Dame la mano. ¡Así! Es cosa resuelta. Te aseguro que me sería imposible trabajar con él. Siento materialmente un malestar físico junto a semejantes personas.

NORA.—*(Retira la mano y va a colocarse al lado opuesto del árbol de Navidad.)* ¿Qué calor hace aquí! ¡Y yo que tengo tanto que trabajar!

HELMER.—*(Levantándose y reuniendo los papeles.)* Necesito examinar algo de esto antes de comer. Y después pensaré en tu traje. Tal vez también prepare algo para colgar del árbol en un sobre dorado. *(Poniendo la mano sobre la cabeza de ella.)* ¡Oh, mi querido pajarillo cantor!

*(Entra a su despacho.)*

NORA.—*(En voz baja, después de una pausa.)* ¡Oh! ¡No! ¡Eso no! Es imposible. Es necesario que sea imposible.

ANA MARÍA.—*(Desde la puerta de la derecha.)* Los niños quieren a toda costa venir a ver a su mamá.

NORA.—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No les dejes venir aquí! ¡Quédate con ellos, Ana María!

ANA MARÍA.—Sí, señora.

NORA.—*(Pálida de terror.)* ¡Depravar a mis hijos!... ¡Envenenar la casa! *(Levantá la frente.)* ¡No es verdad! ¡Es falso, tan seguro como que existo!

## ACTO SEGUNDO

Igual decoración. El árbol de Navidad, sin adornos ya, está en un rincón cerca del piano. El sombrero y el abrigo de Nora están echados sobre el sofá. Nora, sola, va y viene agitadísima. Al fin se para ante el sofá y coge el abrigo.

NORA.—*(Dejando el abrigo.)* ¡Alguien ha entrado! *(Va hacia la puerta. Escucha.)* No. No es nadie. No, no, no será hoy, día de Navidad; tampoco será mañana, pero tal vez... *(Abre la puerta y mira hacia fuera.)* No, nada en el buzón. Está vacío. ¡Qué locura! Su amenaza no era seria. Eso no puede suceder. Tengo tres hijos.

*(Ana María, trayendo una gran caja de cartón, entra por la puerta de la derecha.)*

ANA MARÍA.—Por fin encontré la caja con el traje.

NORA.—Está bien. Ponla encima de la mesa.

ANA MARÍA.—*(Obedeciendo.)* Me parece que está bastante roto.

NORA.—¡De buena gana lo rompería en mil pedazos!

ANA MARÍA.—¡Oh! ¡No! ¡Eso no! Puede arreglarse fácilmente con un poco de paciencia.

NORA.—Sí, voy a suplicar a la señora Linde que venga a ayudarme.

ANA MARÍA.—¿Salir otra vez? ¿Con este mal tiempo? La señora tendrá frío... caerá enferma.

NORA.—No sería lo peor que pudiera ocurrirme... ¿Cómo están los niños?

ANA MARÍA.—Los pobrecitos juegan con los regalos de Navidad, pero...

NORA.—¿Hablan mucho de mí?

ANA MARÍA.—Están tan acostumbrados a estar con mamá...

NORA.—Sí, Ana María. Pero mira, en lo futuro no podré estar tanto tiempo a su lado.

ANA MARÍA.—Los niños pequeños se acostumbran a todo.

NORA.—¿Lo crees? ¿Crees que olvidarían a su mamá si no volviera nunca?

ANA MARÍA.—¡Dios nos libre! ¡Nunca!

NORA.—Dime, Ana María: muchas veces me he preguntado una cosa. ¿Cómo te atreviste a confiar tu hija a personas extrañas?

ANA MARÍA.—No tenía más remedio si quería ser nodriza de Norita.

NORA.—Sí, pero ¿qué te decidió?

ANA MARÍA.—¡Se presentaba una colocación tan buena! Era una suerte para la pobre muchacha que tuvo una desgracia. Porque el canalla no quiso hacer nada por mí.

NORA.—La hija te debe haber olvidado.

ANA MARÍA.—Seguramente no. Primero me escribió que había hecho su primera comunión y después que se había casado.

NORA.—*(Abrazándola.)* ¡Mi viejecita Ana María, fuiste una madre buena para mí mientras fui chiquita!

ANA MARÍA.—La pobrecita Nora no tenía más madre que yo.

NORA.—Y si mis pequeños no me tuvieran a mí, bien sé que tú... Esto es hablar por hablar. *(Abre la caja.)* Vé con ellos. Yo necesito...